

(*Die Neue Zeit*, año XXVIII, volumen 2, 1909-1910)

## I

La camarada Luxemburg ha puesto en discusión el tema de la huelga de masas en su artículo publicado en nuestro órgano partidario de Dortmund.

Hay varias razones que hablan en contra de la utilidad de que se produzca una discusión semejante en este momento. Yo he tratado desde hace tiempo de mantenerme alejado de la misma. Pero podría ser mal interpretado si siguiera evitándola, especialmente después del ataque que los defensores de la concepción de la camarada Luxemburg hicieron en la *Bremer Bürgerzeitung* contra Mehring, con el que coincido totalmente en esta cuestión. Dado que Mehring actualmente está de viaje, por lo que no puede enfrentar personalmente la situación, me parece aún más adecuado contestar en su lugar.

Que una discusión sobre la huelga de masas resulte oportuna depende del sentido en que se la conduzca. Lo que no puede cuestionarse es que la huelga de masas sea considerada por nosotros como un arma de lucha. Este problema ya está resuelto desde el Congreso de Jena.

¿Debemos comenzar una polémica acerca de las posibilidades de éxito o de fracaso que ofrece la huelga de masas en el momento actual? Esta discusión significaría la exposición no sólo de los hechos que están a su favor sino también de aquellos que están en su contra; se trataría de evaluarlos. Si esto se hace públicamente significaría comunicarle al adversario los puntos débiles de nuestra posición. Toda la discusión sería tan conveniente como realizar un consejo de guerra acerca de la oportunidad de dar una batalla al enemigo, tan cerca de él, que éste pudiera escucharnos. Si los camaradas discutieran esta cuestión *entre sí*, de ello sólo podrían extraerse beneficios. Pero yo lamentaría mucho que el artículo de la camarada Luxemburg tuviera el efecto de encender en la prensa partidaria una discusión en la que una de las partes explicitaría sus razones para considerar a la huelga de masas como carente de perspectivas en lo inmediato. Tenga o no razón, un análisis de este tipo no estimularía para nada la acción.

Por ello no me referiré a este aspecto de la cuestión. Pero existe otro punto a desentrañar, y la discusión pública del mismo no podrá dañar de ninguna manera. La camarada Luxemburg afirma que sólo nos queda elegir entre decidirnos por la huelga de masas como forma más inmediata de la acción de masas del partido, o en su defecto dejar que éste se derrumbe totalmente. Es decir, que sería una necesidad de autoconservación del partido el tender por todos los medios hacia la huelga de masas, ya mismo, en el período próximo.

Si nosotros compartiésemos esta concepción evidentemente no necesitaríamos tener en cuenta cuáles son las perspectivas de éxito de la huelga de masas en un momento dado. Tendríamos que provocarla a cualquier precio pues aún la derrota sería mejor que una capitulación pasiva ante el enemigo.

Esa es la cuestión que analizaremos a continuación.

Pero antes de nada, algunas consideraciones previas. Tenemos que ponernos en claro sobre qué es lo que vamos a entender por huelga de masas. La camarada Luxemburg escribe:

“La huelga de masas, como una corta y única huelga demostrativa, no es por cierto la última palabra de la campaña política iniciada.”

En nuestras consideraciones tácticas tenemos que mantener estrictamente separadas a la huelga de masas como medio *demostrativo* de la huelga de masas como medio *coercitivo*, pues cada una de ellas presupone condiciones distintas y requiere una táctica diferente. La diferencia entre ambas es tan grande como la que existe entre un ejercicio de maniobras y una batalla definitiva. La huelga de masas política como *medio de coerción* se efectúa para *obligar* a los poseedores del poder político, el gobierno o el parlamento, a hacer o dejar de hacer algo. Si la misma no logra esto, fracasa, lleva a una derrota. Hay que prolongarla con el máximo de fuerza posible hasta lograr el objetivo, o hasta que las masas desfallecientes se derrumben.

La huelga demostrativa desde su inicio tiene una duración limitada, sin tomar en consideración si logra o no un resultado práctico. Las masas, después de su finalización, son retiradas de la acción con sus filas tan cerradas como cuando entraron en ella.

Una huelga demostrativa puede ser de naturaleza local, como protesta per un hecho local, por ejemplo, de brutalidad policial, ya hemos tenido huelgas demostrativas de este tipo en el actual movimiento por los derechos electorales. Si las brutalidades policiales se llegasen a multiplicar o incrementar, otro tanto sucedería, con las huelgas de protesta.

Por el contrario, una huelga de masas política como medio de coerción sobre el aparato político central, como el gobierno o el parlamento, tiene que ser de naturaleza general, Tiene que incluir en lo posible a la clase trabajadora de todo el estado y a todas las capas de trabajadores. Sólo triunfará si su ímpetu es tal que arrastre también consigo a capas de trabajadores que no están dispuestos a una huelga demostrativa, los ferroviarios por ejemplo.

¿La camarada Luxemburg solamente quiere propagar las huelgas demostrativas locales o quiere que las movilizaciones actuales se desarrollen hasta el nivel de una huelga coercitiva general? Esto no se puede entrever con claridad en su artículo, y sin embargo es importante que eso sea explicitado. Más de uno que rechazara la idea de una huelga coercitiva como una insensatez criminal, consideraría deseables en las actuales circunstancias a las huelgas locales de protesta. Por otra parte, si propagamos la idea de la huelga de masas sin establecer ninguna diferenciación, puede ocurrir también que a pesar de que solamente creamos necesarias las huelgas demostrativas, cultivemos involuntariamente en naturalezas más vivaces la idea de la huelga coercitiva, y que desencadenemos acciones que no nos proponíamos, que no corresponden ni a la situación ni a la correlación de fuerzas y que conducen a la derrota.

No olvidemos que tanto la huelga de masas como la coercitiva son las armas últimas que están a nuestra disposición.

La camarada Luxemburg habla de la huelga de masas “*como* huelga demostrativa corta, única”. O sea que también tiene en vista otras formas de la huelga de masas. Esto se deduce también del hecho de que relacione a la huelga de masas política con las huelgas reivindicativas, y de que desarrolle la opinión de que cada uno de estos hechos promueve el desarrollo del otro:

“Mirado más de cerca, el hecho de que una huelga masiva de envergadura en las minas de carbón converja con un movimiento huelguístico político, sólo puede ser provechoso para ambos. En todo gran movimiento de masas del proletariado confluyen numerosos momentos políticos y económicos, y desgajarlos artificialmente, querer en forma pedante mantenerlos separados sería una empresa inútil y perjudicial. Un movimiento sano y vital, como es la actual campaña prusiana, puede y debe nutrirse de todos los materiales sociales inflamables acumulados. Por otra parte, sólo puede ser ele

provecho para el problema minero, en particular, si al concluir con un éxito político más amplio logra atemorizar a los enemigos: los magnates del carbón y del gobierno. Tanto más rápidamente se verán éstos obligados a satisfacer, mediante concesiones, a los trabajadores de las minas y a tratar de aislarlos de la marea política.”

Una huelga económica es una huelga coercitiva desde su comienzo, no una simple huelga demostrativa. Una huelga económica prácticamente puede combinarse con esta última. Pero la huelga coercitiva política y la huelga económica también son dos cosas muy distintas.

Tengo que confesar públicamente sin embargo que soy lo suficientemente “pedante” para intentar la “empresa inútil y perjudicial” de mantener “separadas” ambas formas de lucha. Pues hasta el momento la vida ha sido tan pedante como para hacer lo mismo, aunque más no sea por la sencilla razón de que ambas formas de huelga requieren condiciones totalmente distintas para su triunfo.

La camarada Luxemburg quizás me remita a la Rusia de 1905. Pero allí entonces reinaba la revolución. En una situación de este tipo, en el que la totalidad de la vida social está trastornada, las exigencias políticas y las económicas naturalmente se unen en un movimiento huelguístico simultáneo. En Prusia sin embargo todavía no hemos llegado a la revolución.

En las luchas de Europa occidental por el derecho de sufragio el momento económico y el momento político se han mantenido hasta ahora estrictamente separados.

En la lucha por el derecho de sufragio en Austria, hubo sindicalistas, mineros más precisamente, que trataron de unir el movimiento por el derecho de sufragio universal con el movimiento por la jornada de ocho horas. La mayoría de nuestros camaradas austríacos fueron lo suficientemente pedantes para no ver en ello una ayuda sino una obstaculización de la lucha de clases por el derecho de sufragio (véase sobre este punto los debates del congreso partidario de Viena, 1894). Tampoco he oído nada sobre la unificación de la lucha por el derecho de sufragio con las reivindicaciones económicas en otros países de Europa Occidental. Y no resulta difícil entender que aquí tampoco se llegará a tal unificación.

Supongamos que los mineros hiciesen una huelga para presionar simultáneamente al gobierno y a la dieta por el derecho de sufragio, y a los patrones de las minas por el acortamiento de la jornada de trabajo.

¿De qué manera uno de estos movimientos podría ayudar al otro? Los dueños de las minas sólo cederían cuando la huelga los pusiera en aprietos, a fin de lograr la vuelta al trabajo de los obreros. Pero si éstos quisieran continuar la huelga hasta que se reformase el derecho de sufragio, ¿qué sentido tendría conceder las exigencias económicas?

Si por el contrario los patrones de las minas ceden y acuerdan: a sus trabajadores sus exigencias económicas lo hacen a condición de que retomen inmediatamente el trabajo. Este es el caso que la camarada Luxemburg enfoca: los magnates del carbón se verían obligados “a satisfacer a los mineros con concesiones y *aislarlos* torrente político”.

El entrelazamiento del objetivo de lucha político común a todos los trabajadores con los distintos objetivos gremiales de distintas ramas del trabajo brindaría entonces un medio para *aislar* a las distintas capas de trabajadores entre sí. No me queda del todo claro como esto fortalecería la huelga de masas como medio de lucha por el derecho de sufragio.

Así entonces, cuando discutimos esta cuestión, tenemos que mantener estrictamente separadas a la huelga demostrativa y la huelga coercitiva, así como las huelgas políticas y económicas.

Por otra parte, en relación a la situación actual en Prusia tampoco resulta pertinente remitirse a los ejemplos de otros países.

La camarada Luxemburg escribe:

“Se trata de decidir si la socialdemocracia alemana, que se apoya sobre la más fuerte organización sindical y el ejército de votantes más grande del mundo, puede implementar una acción, de masas que en la pequeña Bélgica, en Italia, en Austria-Hungría, en Suecia (de Rusia ni qué hablar) han sido logradas con éxito en distintas épocas.”

Qué es lo que Austria tiene que ver en este contexto, yo no lo sé. Allí nunca se ha llegado a la huelga de masas en la lucha por el derecho de sufragio.

Probablemente allí las demostraciones callejeras a la postre no hubieran definido la lucha; es verosímil que sin la agitación en Hungría y revolución rasa, la huelga de masas probablemente también se habría hecho imprescindible en Austria. Soy el último en querer negar esto. Pero el ejemplo austríaco no demuestra en modo alguno que el rápido crecimiento de la movilización, desde las demostraciones callejeras hasta la huelga de masas en el término de unos pocos meses, o aún de semanas, sea en todas las circunstancias necesidad de la lógica interna de una moderna acción de masas del proletariado.

En lo que respecta al ejemplo ruso, ahí la primera huelga de masas exitosa se desarrolló bajo condiciones que no existen hoy en Prusia: una guerra perdida vergonzosamente, la desorganización del ejército, el odio y el desprecio por el gobierno de todas las clases de la población. La huelga de masas fue el golpe final que produjo la caída de un régimen tambaleante. Tampoco este ejemplo nos sirve de algo en la actualidad.

Los otros ejemplos de huelgas de masas surgieron de luchas económicas, no de una lucha por el derecho de sufragio, salvo el caso de la “pequeña Bélgica”. No resulta muy claro por qué la camarada Luxemburg enfatiza particularmente la pequeñez de Bélgica, ¿Es que un territorio más chico resultaría más difícil realizar una huelga que en otro grande; en toda Alemania más fácil, que solo en la zona del Ruhr? Yo pensaría exactamente lo opuesto. Por otra parte hasta hoy Bélgica no posee el derecho de sufragio universal, Así que con este ejemplo tampoco avanzamos mucho.

Por ello la mirada hacia el exterior no nos sirve de nada. Tenemos que desarrollar nosotros mismos la táctica a partir de las condiciones de la situación actual en Prusia.

## II

La moderna ciencia de la guerra diferencia dos tipos de estrategia, la *estrategia del asalto directo* y la *estrategia del desgaste*.

La: primera reúne sus fuerzas de combate rápidamente, para ir al encuentro del enemigo y asestarle golpes decisivos, en los que lo derrota y lo incapacita para la lucha. En la estrategia de desgaste, por el contrario, su jefe evita todo combate decisivo: busca mantener al ejército enemigo en una constante alerta por medio de maniobras de todo tipo, sin darle oportunidad de estimular a sus tropas a través de triunfos; tiende a desgastarlas progresivamente por medio del hostigamiento y de amenazas constantes, disminuyendo cada vez más su capacidad de resistencia hasta llegar a paralizarlas.

La estrategia usual en la guerra es la de la derrota. En principio tiene más atractivos para todos los combatientes; es más sencilla, clara y estimulante. Un jefe se

decidirá por la estrategia de desgaste sólo cuando no tiene perspectivas de llegar a sus objetivos por medio de la estrategia del asalto directo. Pero aun en este caso no siempre lo puede hacer. La estrategia de desgaste presupone no combatientes que se reúnen en torno a las banderas por la perspectiva del triunfo y del botín, sino que en todas las circunstancias, suceda lo que suceda, seguirán identificados con su objetivo en cuerpo y alma. Presupone también que las fuentes vitales del ejército sean inaccesibles para el enemigo. La estrategia de desgaste se termina cuando el adversario logra ocupar los territorios en los que el ejército propio se provee de reclutas, alimentos, armas.

En la lucha de Aníbal contra Roma existían, las condiciones para llevar adelante la táctica del asalto directo, pues estaba a la cabeza de un ejército de mercenarios, que únicamente era estimulado por los triunfos, cohesionado por la paga y el botín y que sólo podía perder capacidad guerrera por las penurias y enfermedades causadas por la prolongación de la guerra.

Para los romanos las cosas eran totalmente distintas. Sus soldados eran milicias campesinas, incapaces de hacer frente a los aguerridos mercenarios de Aníbal en una batalla abierta. Cuanto más duraba la guerra tanto más se iban asimilando a las condiciones del enemigo. Al mismo tiempo no había que temer que una táctica dilatoria disminuyera su espíritu guerrero. En ésta se jugaba su existencia, su hogar. A pesar de ello Fabio Cunctator no podría haber llevado a cabo frente a Aníbal su táctica de aparentes vacilaciones si no hubiera estado seguro de que éste no disponía de fuerzas suficientes como para conquistar Roma o al menos para sitiarla.

Una comparación de la estrategia de las clases revolucionarias de los decenios iniciales y de los decenios finales del siglo pasado nos brinda una diferencia semejante. Por la coincidencia de circunstancias favorables, los revolucionarios de Francia del período de 1789 a 1793 pudieron lograr la derrota del régimen dominante en un ataque audaz y a través de algunos golpes decisivos.

Esta estrategia del asalto directo era en ese entonces la única posibilidad planteada a la clase revolucionaria dado el estado absolutista policial que excluía toda alternativa de formación de partidos, todo ejercicio de una influencia legal por parte de la masa popular sobre el gobierno. Una estrategia de desgaste habría fracasado ya que el gobierno siempre tenía la posibilidad de cortar los medios de organización y cohesión de los oponentes que trataran de reunirse en una resistencia constante.

Esta estrategia del asalto directo estaba todavía en pleno florecimiento cuando se fundó nuestro partido. Los éxitos de Garibaldi en el sur de Italia, los combates brillantes aunque finalmente infructuosos de la insurrección polaca, precedieron en forma inmediata a la agitación de Lassalle y la fundación de la Internacional. Poco después les siguió la [Comuna de París](#). Pero justamente ésta mostró con claridad que los días de la táctica de derrota se habían terminado por el momento. Había sido adecuada para condiciones políticas en las que lo dominante era la gran ciudad, con medios de transporte insuficientes que hacían imposible concentrar rápidamente grandes masas de tropas desde el interior del país, y en condiciones de técnica de construcción de calles y de armamentos que brindaban múltiples posibilidades a la lucha callejera.

Pero justamente en ese entonces fueron dados los fundamentos para la nueva estrategia de la clase revolucionaria, que Engels en su introducción, al libro de Marx, *Las luchas de clases en Francia* contrapuso tan netamente a la vieja estrategia revolucionaria, y que bien puede ser calificada de estrategia de desgaste. Hasta ahora nos ha dado los más brillantes resultados brindándole al proletariado de año en año una fuerza creciente, empujándolo cada vez más hacia el centro de la política europea.

No debe suponerse sin embargo que la introducción de la nueva estrategia fue el producto de una inteligencia superior. Ya hemos señalado que antes la estrategia de

desgaste hubiera sido impracticable para una clase revolucionaria. Previamente fue necesario crear la base adecuada, a través del derecho de sufragio universal, el derecho de coalición, la libertad de prensa, la libertad de asociación.

Tampoco se puede llegar a pensar que la estrategia de desgaste vuelve innecesaria toda batalla, lo cual probablemente nunca fue el caso. La estrategia de desgaste se diferencia de la estrategia del asalto directo solamente en que no va en forma directa hacia el combate decisivo, sino que lo prepara durante largo tiempo y sólo se presenta a darlo cuando sabe suficientemente debilitado a su oponente. Pero éste debería estar extraordinariamente desmoralizado si resulta posible arrancarle las fuentes de sus medios de poder sin una lucha decisiva e importante. La estrategia de desgaste de los romanos frente a Aníbal no los libró de la necesidad de dar finalmente al jefe de los cartagineses el combate definitorio de Zama. Y la estrategia de desgaste tampoco puede evitar toda batalla que su oponente trate de provocar con anterioridad al momento de definición final.

Así, (para mantenernos en nuestro problema) tampoco Friedrich Engels opinaba que la estrategia de desgaste del proletariado bastaría y le ahorraría la gran lucha final por el poder político. Si su “testamento político” fue interpretado de este modo por el revisionismo, es porque se empeñó en violentar su sentido.

También se diferencia la estrategia de desgaste, tal como la formulara Engels en su “testamento”, de la táctica del revisionismo, porque aquélla parte del carácter irreconciliable y la agudización constante de la contradicción entre el proletariado y las clases poseedoras, mientras que ésta espera la mitigación de las contradicciones de clase. Para referirnos al tema, la táctica revisionista desespera de la fuerza de su propio ejército, duda llegar hasta el triunfo sin la alianza con otro ejército; cree encontrar un camarada en una de las alas de la fuerza enemiga y trata de llegar con su ayuda hasta un punto en que el enemigo sea obligado a perder sus posiciones, sin ningún tipo de batalla decisiva.

La estrategia de desgaste, según la concepción de Engels, tiene por el contrario la mayor confianza en la fuerza y seguridad del ejército propio, siempre que se lo emplee adecuadamente. Esta estrategia sólo se vuelve posible si existe dicha confianza. Plantea en contraposición la mayor desconfianza hacia *todos* los partidos burgueses. No desconoce sus diferencias y contradicciones y busca sacar provecho de ellos en la medida de lo posible. Pero considera a cada uno de estos partidos como un enemigo, busca debilitarlos, desorganizarlos, socavar su confianza en sí mismos y su prestigio frente a las masas populares, mientras que, simultáneamente, se desarrolla de un modo infatigable el fortalecimiento de nuestra propia organización así como la confianza de las masas, preparando de este modo el derrumbe del enemigo y el triunfo definitivo.

Engels hubiera considerado una tontería o una traición toda política que se propusiera fortalecer nuestro partido y su poder a través de la promoción entre las masas de la confianza hacia un partido burgués haciéndose responsable de ese partido. Las ventajas de esta táctica “admirable” fueron demostradas en Francia, donde tuvo oportunidad de dar pruebas prácticas. La participación en el poder político nos ha brindado el alentador resultado de que el partido socialista proveyera los sinvergüenzas que ahora, como ministros, defienden el robo del dinero público, y que en amplios círculos del proletariado francés el partido socialista sea contemplado como el semillero de esta desfachatez y corrupción.

Está claro que no es sencillo manejar la estrategia de desgaste planteada por Engels. Y sin embargo la socialdemocracia alemana logró hacerlo brillantemente bajo las leyes de excepción de los socialistas, cuando fue capaz de llevar a la práctica esta estrategia tanto en contraposición con las exigencias de los mostianos de aplicar la

estrategia del asalto directo, como en oposición a los revisionistas de ese entonces, desde Höchberg y Schrmann hasta Viereck, de ganar las simpatías burguesas mediante la disminución del grado de combatividad de nuestro movimiento.

Pero dicho “testamento” de Engels ofrecía una brecha en la medida en que no decía nada acerca de cuáles eran los medios de lucha a disposición del proletariado en el caso, que él consideraba seguro, de que nuestros oponentes, llevados a la desesperación por la acción incesante de nuestra estrategia de desgaste, intentasen un buen día un golpe de estado para separarnos de nuestra base. La respuesta ya estaba dada en la práctica belga cuando Engels escribió su “testamento”, y diez años después ha encontrado la aprobación de la socialdemocracia alemana, cuando una serie de nuevas experiencias prácticas dieron su veredicto. En ciertas circunstancias la huelga de masas puede convertirse en un medio para desplazar la lucha política del proletariado de la estrategia de desgaste a la estrategia del asalto directo, cuando la primera se vuelve insuficiente o imposible. Aquí, el término huelga de masas debe ser tomado en el sentido de huelga coercitiva. Sobre la huelga demostrativa no hace falta discutir tanto. Nuestro partido ya la aceptó sin problemas en 1890, al declarar al cese laboral, como la forma más digna de festejar el 1° de mayo.

Si hoy se pregunta si debemos marchar hacia el desencadenamiento de una huelga de masas, esto no quiere decir otra cosa que plantear el problema de si la continuación de la estrategia de desgaste de nuestro partido se ha vuelto ya imposible, o si en cambio amenaza seriamente su integridad.

Claro está que no se trata de analizar cuáles son las perspectivas de una huelga de masas desencadenada en forma totalmente espontánea y sin nuestra participación por un hecho imprevisto tal como una masacre después de una manifestación callejera. Romperse la cabeza sobre este punto sería inútil pues no sabemos nada sobre las condiciones de un hecho semejante ni tenemos influencia sobre el mismo. Lo que aquí se cuestiona es si nuestra estrategia de desgaste ya no es la adecuada, si la situación se ha modificado tanto que la estrategia del asalto directo nos ofrece mayores ventajas o, incluso, si la primera se ha vuelto impracticable; si en el caso de mantenerla no conduce necesariamente a la desmoralización de nuestras propias filas; si para mantener a éstas cohesionadas y llenarlas de valor y confianza no se torna imprescindible la introducción de una nueva táctica de lucha, que nosotros, trasladando un concepto militar al mundo de la política, hemos designado como la táctica del asalto directo: una táctica que se propone derrotar a los oponentes del sufragio universal a través de un golpe súbito y brutal.

La primera cuestión que tenemos que analizar es la siguiente; ¿nuestra situación es realmente de características tales que sólo podemos elegir entre la huelga de masas o el desmoronamiento de la acción de masas?

### III

Como toda estrategia también la estrategia de desgaste está ligada a ciertas condiciones que son las únicas que la tornan posible y útil. Sería insensato querer implementarla en cualquier circunstancia.

El hecho de que durante decenios nos haya posibilitado los más brillantes éxitos no es un motivo suficiente para aferrarse a ella. Cambios en las circunstancias pueden muy bien exigir el apartarse de la misma.

La estrategia de desgaste en la guerra se vuelve imposible o inadecuada cuando el enemigo amenaza aislarnos de nuestra base o, incluso, arrebatárnosla. Entonces derrotarlo antes que lo logre se convierte en una necesidad de supervivencia. La estrategia de desgaste debe ser igualmente abandonada cuando desmoraliza y desanima

a las propias tropas, cuando amenaza crear cobardía y deserción, y sólo un golpe audaz puede levantar la moral y cohesionar al ejército.

La intervención de una ofensiva para un golpe de este tipo se vuelve inevitable también cuando nos encontramos en un callejón sin salida, donde sólo podemos elegir entre la derrota del enemigo o una capitulación vergonzosa.

Finalmente, el pasaje a la estrategia del asalto directo se hace necesario si el enemigo mismo ha quedado en un aprieto, cuando se nos brinda una situación favorable cuyo aprovechamiento rápido y enérgico posibilita asestarle un golpe masivo, quizás mortal.

La traslación de estas consideraciones de lo militar a lo político no requiere largas aclaraciones.

Guando el congreso partidario de Jena reconoció a la huelga de masas, por lo menos en el sentido de una huelga de presión, como uno de nuestros medios de lucha y de ese modo declaró posible que en algún momento pasemos de la estrategia de desgaste a la estrategia del asalto directo, sólo tomó en consideración el primero de los casos que se acaban de desarrollar: la amenaza a nuestra base por el enemigo, que haga imposible nuestra lucha tal como la llevamos hasta ahora, es decir la supresión de los derechos electorales para el Reichstag o de otras condiciones vitales para las organizaciones y la propaganda proletaria.

La situación actual no es de esta índole.

¿Pero entonces la huelga de masas se hace necesaria porque actualmente sólo podemos mantener a las masas junto a nuestra bandera a través del crecimiento constante y acelerado de nuestros medios de acción? Sí así no fuera ¿éstas nos abandonarían y acudirían a otros partidos, o por desaliento y frustración volverían las espaldas a la política en su totalidad puesto que ésta habría sido incapaz de producir nada?

La camarada Luxemburg parece creer esto cuando habla del “dilema” ante el cual se debate el “partido de los tres millones”: “o avanzar a cualquier precio o dejar morir a la acción de masas iniciada”.

Este dilema sería consecuencia inevitable de la lógica interna de todo movimiento de masas. La camarada Luxemburg dice que “las manifestaciones masivas tienen su propia lógica y su psicología, con las que deben contar, como precepto obligatorio, los políticos que quieran dirigirlas. Las exteriorizaciones de la voluntad de las masas en la lucha política no se pueden mantener artificialmente en una y a la misma altura por tiempo indefinido, y encasillar en una y de la misma forma. Deben crecer, agudizarse, cobrar formas nuevas y más eficientes. La acción de masas iniciada debe desarrollarse. Y si se quiebra en la dirección del partido la decisión de dar a las masas las consignas necesarias, en el momento oportuno, el ímpetu desaparece y la acción, en sí misma, decae”.

Es decir que la camarada Luxemburg no deduce la necesidad de la huelga de masas de las condiciones de una situación dada, sino a partir de consideraciones psicológicas generales, que serían válidas para toda acción de masas, cualquiera sea el lugar y el momento en que ésta se desarrollase; la cual debe agudizarse invariablemente, tomar formas nuevas, más eficaces. Una vez que se ha puesto en marcha una acción de masas, debe avanzar rápidamente, de manifestaciones callejeras a huelgas demostrativas, de huelgas demostrativas a huelgas coercitivas..., ¿y después qué? ¿Qué otra “agudización” nos espera entonces?

La concepción que la camarada Luxemburg plantea correspondía muy bien a las condiciones de la revolución rusa, es decir, a condiciones en las que cabía perfectamente la estrategia del asalto directo. Pero está en total contradicción con las



experiencias en las que se basa la estrategia de desgaste de nuestro partido. Dicha estrategia se basa justamente en el reconocimiento de que el proletariado es un combatiente obstinado, superior en tenacidad y resistencia a las otras clases; que puede llevar a cabo acciones de masas durante años sin tomar en cuenta la elección de sus medios de acción ni ninguna otra consideración salvo su eventual efectividad y adecuación; que para empujar sus medios extremos y más agudos tiene que tener motivos distintos y más importantes que la necesidad de superar los empleados hasta ese momento.

La camarada Luxemburg se ha referido varias veces al ejemplo austríaco. La lucha por los derechos del sufragio ha durado allí más de una docena de años; ya en 1894 los camaradas austríacos evaluaron la utilización de la huelga de masas, y sin embargo lograron mantener su excelente movimiento de masas en acción hasta 1905 sin ninguna aceleración ni agudización, elementos que, para la camarada Luxemburg, constituyen la “lógica interna” de *todo* movimiento de masas. Los camaradas de Austria nunca sobrepasaron en su lucha por el derecho del sufragio las demostraciones callejeras, y a pesar de ello su ímpetu no desapareció, su acción no sufrió ningún colapso.

Y con toda seguridad los proletarios alemanes pueden compararse en tenacidad con los de Austria.

Si no existiese ninguna otra razón para que adoptemos medios más radicales que las demostraciones callejeras circunstanciales y las huelgas de protesta locales en la lucha por los derechos de sufragio y para que sustituyamos la estrategia de desgaste por la estrategia de asalto directo; si la “lógica interna” de toda acción de masas constituyera el único fundamento para impulsar un avance hacia la huelga de masas, entonces la justificación sería algo pobre.

Si la socialdemocracia desde sus comienzos aceptó la estrategia de desgaste y la desarrolló hasta su perfeccionamiento, ello no solamente sucedió porque los derechos políticos existentes en esa época le daban una base para esto, sino también porque la teoría de Marx de la lucha de clases le brindaba la garantía de que, mientras defendiese enérgicamente sus intereses de clase, siempre podría contar con el proletariado con conciencia de clase, a pesar de que entusiasmase o no a las masas a través de éxitos o sensaciones nuevas.

Es cierto que el proletariado ansia con todas las fibras de su corazón la más pronta destrucción del orden social existente, que tan terriblemente lo maltrata. Si aparece ante él la posibilidad de echar por tierra este orden social, nadie podrá impedirlo y si la socialdemocracia lo intentase, el proletariado la haría despectivamente a un lado.

Pero hoy las cosas no son así. En la actualidad sólo existe *un* partido enemigo de la sociedad burguesa: la socialdemocracia. El proletariado no encuentra ningún otro que pueda llevarlo más rápidamente a la victoria, no encuentra ni siquiera otro partido que quiera llevarlo a la victoria. No encuentra partido alguno que, aun dentro del sistema productivo actual, represente sus intereses de clase en contraposición con los intereses burgueses.

Los proletarios pueden ser llevados a un partido burgués por desconocimiento, no por impaciencia revolucionaria.

¿Pero ésta impaciencia no puede transformarse en su contrario, en debilitamiento y desaliento, si se la frustra, si la socialdemocracia no satisface sus expectativas? Seguro que esto puede producirse. ¿Pero cuándo se producirá? Cuando nuestro partido despierte expectativas que no pueda cumplir, cuando prometa más de lo que puede realizar.

¿Es este caso el nuestro?

Si la socialdemocracia hubiera prometido a las masas imponer en Prusia en el término de pocos meses y a cualquier precio el derecho de sufragio universal, ciertamente desilusionaría gravemente a las masas si ahora no hiciera todo lo posible para acrecentar rápidamente la acción y estimular a las masas para la utilización de sus más fuertes medios de lucha. Entonces se encontraría ante el “dilema”: intentar las cosas más extremas, sucediera lo que sucediese o sufrir un colapso moral serio que podría paralizar por bastante tiempo su capacidad proselitista.

Pero la socialdemocracia nunca ha prometido algo semejante. Todo lo contrario. Podemos permitirnos señalar que son justamente los marxistas los que siempre han subrayado que la lucha por los derechos electorales en Prusia sería más difícil que en otras partes, pues aquí no se trataría simplemente de una modificación del sistema electoral que aparejara sólo algunos desplazamientos de mandatos, sino del derribamiento de la dominación de los junkers. Sin el actual sistema de derechos electorales prusiano su dominio pierde la base de sustentación. Lo defenderán con uñas y dientes hasta el límite extremo. La obtención del libre derecho de sufragio significa en Prusia una cosa muy distinta que en Baviera, o en Badén o en Austria. Coincide con la derrota del sistema de los junkers.

Supongo que puedo recordar aquí que ya en los años 1905 y 1906 desarrollé esta concepción, entre otras, en polémica con los camaradas Eisner y Stampfer, quienes en aquella época incitaban a las acciones más enérgicas y me atacaban por desaconsejar una agitación que nos comprometiera con una huelga de masas política que en las condiciones de Alemania sólo tendría sentido en una situación revolucionaria. ¡De qué modo me sermonearon Eisner y Stampfer por adoptar en la cuestión de la lucha por los derechos electorales la posición de un “mercachifle oportunista” y traicionar a la revolución en la cuestión de la huelga de masas!

En esa época defendía la misma concepción que hoy.

Habría sido sumamente irresponsable que nuestro partido prometiera acabar en el término de unos pocos meses con oponentes tan poderosos como los junkers y el gobierno prusiano. Y nunca lo hemos hecho. La socialdemocracia alemana nunca se planteó la consigna de la derrota del régimen actual en el término de pocos meses a través de una acción en rápido incremento. Por lo contrario, su consigna fue: *No descamemos en Prusia hasta haber conquistado el techo del voto universal, secreto y directo.*

Esto lo hemos prometido y estamos obligados a cumplirlo,

Pero esto sólo significa que es válido continuar con el empleo de los medios de acción que nuestros camaradas ya han aplicado con tanto éxito, especialmente las *manifestaciones callejeras*, no debilitar esta acción y darle, por el contrario, formas cada vez más poderosas. Pero no tenemos la más mínima obligación de ir “adelante a cualquier precio” y “desde ahora contemplar a las manifestaciones callejeras como un medio que pronto será superado por la ola de los acontecimientos”, que debe ser sustituido por un medio más poderoso.

El dilema del que habla la camarada Luxemburg sólo se presenta si desarrollamos una propaganda para la huelga de masas, si declaramos que las demostraciones callejeras no nos bastan, y que es necesario un acrecentamiento constante de la acción de masas.

Si desplegamos una propaganda de esa índole, si despertamos en las masas la esperanza de que ahora la cosa es marchar y marchar hacia adelante, en medio de vítores, hacia la derrota del enemigo, por medio de los medios más extremos que posee el proletariado, entonces ciertamente dentro de poco estaremos ante el dilema de

defraudar a las masas o pegar un salto gigantesco para tomar al régimen de los junkers por el cuello para vencerlo o ser vencidos por él.

Hoy este dilema todavía no existe. Hoy todavía somos libres de elegir nuestros medios de acción.

#### IV

El miedo a que las masas nos abandonen no es entonces un motivo para plantearnos la necesidad de empuñar medios más agudos que significarían un pasaje a la táctica de derrota.

Es totalmente cierto que en toda lucha las contradicciones se agudizan. A ello se agrega el acrecentamiento de las contradicciones de clase por el desarrollo económico, el acrecentamiento de los medios por el crecimiento de las organizaciones o los progresos de la técnica. Pero aquí no se trata de esta “lógica interna” progresiva, espontánea, de la intensificación y agudización de las acciones de masas, sino de la intervención de nuevos medios de poder, de medios más fuertes, que deben ser generados por una “consigna”, por una agitación planificada del partido.

Para esto no existe ningún fundamento en el miedo a la desilusión de las masas. El dilema del que habla la camarada Luxemburg no existe para nosotros mientras no seamos nosotros mismos los que los produzcamos a través de nuestra agitación. Para nosotros, aparte de la razón dada en la resolución de Jena, sólo podría existir una única causa más para abandonar la estrategia de desgaste y pasar a la estrategia de derrota, a través de la veloz agudización y acrecentamiento de los medios de lucha de la acción de masas: que nuestros oponentes se vieran en un aprieto del que debiéramos sacar provecho lo más rápidamente posible, y cuya forma más eficaz de aprovechamiento se diera a través de una huelga de masas.

¿La situación actual es de este tipo? Tal es la pregunta decisiva. De su respuesta, y no de la lógica interna de las manifestaciones de masas, depende el que la propagación de la huelga de masas pueda o no ser adecuada en un cierto momento.

Ante una primera mirada podría parecer que la situación actual es el producto de las demostraciones callejeras. Se podría afirmar entonces que, gracias a que la socialdemocracia empuñó medios más enérgicos, logró entusiasmar a las masas y poner al gobierno en aprietos. Pero este entusiasmo se disipará rápidamente y el gobierno volverá a ganar en prestigio, fuerza y sensatez si no avanzamos en el camino iniciado, cual es el de agudizar constantemente nuestros medios de lucha entusiasmado con ello cada vez más a las masas y llevando al gobierno progresivamente a una situación de mayor acorralamiento hasta que se derrumbe frente al avasallador ataque de las masas.

Si esta fuera la situación, entonces todo aquel que no trabajase con todas sus fuerzas para impulsar al proletariado a métodos de lucha más agudos cometería una gran falta contra el mismo.

Pero a mí la situación me parece distinta.

Es totalmente cierto que las demostraciones callejeras han despertado gran entusiasmo. Es cierto que el gobierno ha sido puesto en aprietos. Pero si fuera posible directamente despertar de esta manera el entusiasmo y debilitar la imagen y la fuerza del gobierno ¿por qué no hemos adoptado hace tiempo este medio tan simple?

¡Al contrario! En las condiciones de Prusia, el éxito de las demostraciones callejeras y su gran efecto moral sólo fueron posibles después que la socialdemocracia se convirtiera en un partido de grandes masas y que éstas hubieran llegado a un estado de gran agitación. Sólo el que hubieran nacido de la más profunda conmoción de las masas hizo posible que las demostraciones callejeras adquirieran envergadura tan formidable y produjeran un efecto tan intenso, que desencadenaran entusiasmo y estímulo en las masas y desorientación y aturdimiento en el gobierno y sus partidos.

Muy profundas son las causas que originan este imponente resentimiento de las masas; son causas que actúan desde hace años y que aún existirán durante muchos años más. Yo ya las he señalado; en mi *Der Weg Macht* [*El camino del poder*] y sólo necesito aquí recapitularlas brevemente.

Ante todo tenemos la más poderosa causa del descontento generalizado: el *encarecimiento de los alimentos*. Guando en *El camino del poder* señalé este encarecimiento como una de las razones que agudizan las contradicciones entre las clases y aumentan el estado de ánimo revolucionario de las masas, el *Korrespondenzblatt der Gewenkschaften* consideró necesario denunciarme por ello como enemigo de los sindicatos. Estaba muy disgustado porque de acuerdo con los intereses aparentes de los sindicatos yo no metía la cabeza bajo tierra y descubría, en cambio, hechos muy incómodos para la teoría del crecimiento pacífico hacia el socialismo. Hoy está claro para cualquiera que una política de avestruz de ese tipo sería un verdadero “trabajo de Sísifo”. Ninguna persona con sentido común duda ya que desde hace algún tiempo el encarecimiento supera a todos los aumentos de salarios. Pero ninguna persona con sentido común extraerá de este hecho una conclusión adversa a la existencia de los sindicatos. El encarecimiento incita a las masas no en contra de los sindicatos, sino en contra del estado y del orden social existentes.

Los efectos del encarecimiento se ven incrementados además por la carrera armamentista, que precisamente en el último período adquirió dimensiones aún más alarmantes, al agregarse al equipamiento del ejército el equipamiento de la marina que crece a una velocidad muy superior a la de aquél. En la marina el desarrollo del nivel técnico desempeña un papel más importante que el número de los efectivos, y este nivel puede incrementarse rápidamente si se dispone del dinero necesario.

Y aquí está la causa del crecimiento de la presión impositiva, que agudiza las contradicciones de clase a la vez que genera también una situación internacional cada vez más amenazadora dada la imposibilidad de las clases dominantes de ponerse de acuerdo en un desarme. Y excepto este último hay una sola vía de escape para evitar la presión impositiva cada vez más insoportable: una guerra.

Esta situación es internacional, lleva en todas partes a una irritación creciente de las masas, pero simultáneamente también a crecientes contradicciones entre las clases dominantes, no sólo a un nerviosismo internacional en aumento sino también a un enfrentamiento de la masa del mundo burgués (pequeñoburgueses, intelectuales, comerciantes y capitalistas menores) con la propiedad terrateniente, las grandes finanzas y los grandes industriales monopolistas, que aprovechan todas las ventajas de esta intolerable situación buscando descargar sobre los demás todas sus dificultades. En Prusia esta situación general se ve agudizada todavía más porque el sector de los junkers del este del Elba domina el estado. Con ello son aún mayores los beneficios obtenidos a costa de las demás clases, la carga que cae sobre estas se hace más imponente, y las condiciones generales todavía más intolerables.

No existe quizás ninguna clase en Europa que tenga tanto que agradecer a la fuerza bruta como los junkers de Prusia. Y sin embargo entre las clases dominantes de Europa posiblemente no hay ninguna más carente de educación que ella. Geográficamente apartada del comercio mundial nunca fue puesta ante la necesidad de afirmarse a través del desarrollo de un conocimiento superior.

Así los junkers no tienen idea de que su fuerza brutal sólo logró un verdadero efecto allí donde actuaba en la misma dirección que el desarrollo económico, es decir, en el sentido de la unificación nacional de Alemania. Sus éxitos han desarrollado en ellos el culto de la fuerza bruta por la fuerza misma, y esta faceta la sacan a relucir tanto más terca y desconsideradamente, cuanto más amenazada sienten su posición de

privilegio. Cuanto más aguda se hace la contradicción entre esta posición y las necesidades del desarrollo histórico, se vuelven tanto más estúpidos, descarados y brutales.

Esto se manifiesta naturalmente en primera instancia y en su forma más intensa frente al proletariado y su partido de clase. Pero es evidente que las masas y los partidos burgueses también están expuestos en forma creciente a esta brutalidad y falta de consideración, en el modo y la forma en que el sector de los junkers encarece artificialmente los productos alimenticios y las materias primas, se desentiende de los impuestos, exige todos los mejores puestos de la burocracia y el ejército, y utiliza al gobierno, los tribunales, la policía, como herramientas propias para la eliminación de toda oposición molesta.

A la postre el régimen de los junkers también se vuelve molesto para sectores decididamente explotadores y enemigos del proletariado; llega incluso a resultarles temible y peligroso cuando empiezan a percibir que la clase trabajadora se ha convertido en una fuerza demasiado poderosa para poder seguir manteniéndola sometida por medios de coerción brutales, percepción que ya se ha extendido por la totalidad del mundo capitalista, con la excepción de Rusia, Prusia y Japón. Los gobiernos y los explotadores de todas partes odian de la misma manera al proletariado combatiente, pero sin embargo en los estados avanzados han reconocido que la posibilidad de frenar de algún modo su progreso reside solamente en la utilización de medios más sutiles que los que sabe poner en práctica el estado policial. Que aquello puede lograrse en forma mucho más neta a través del acercamiento aparente, para dividir las filas del proletariado, corrompiendo una parte de sus elementos más enérgicos y debilitando otros, tal como temporalmente fuera logrado en Inglaterra, Estados Unidos y Francia.

Los defensores más inteligentes de la explotación capitalista en Prusia y fuera de Prusia, en el resto de Alemania, ven con espanto cómo las brutalidades sin sentido de los junkers y sus gobiernos cierran continuamente las filas de las clases trabajadoras, irritándose cada vez más, dando formas cada vez más revolucionarias a sus sentimientos y razonamientos. Así no sólo las masas trabajadoras se vuelven cada vez más en contra del régimen de los junkers, sino también amplias capas del mundo burgués; a partir de las causas más diversas, incluso a veces bastante contradictorias, pero todos progresivamente más unidos en el convencimiento de que este régimen lleva a Alemania hacia un abismo.

El resentimiento es más fuerte y unificado en las capas inferiores, que son las que más tienen que sufrir con el encarecimiento, la presión impositiva y el maltrato burocrático, lo cual las orienta en forma natural hacia la socialdemocracia, les hace ver en ella su salvaguardia y la defensora de sus intereses. Estas son las razones que dan a nuestras manifestaciones callejeras tanta fuerza y trascendencia y son también las que van engrosando las filas de nuestros electores, como lo muestra cada elección complementaria para el Reichstag, amenazando hacer de las elecciones generales del año que viene un temible día de enjuiciamiento del gobierno de los junkers prusianos y sus aliados totales o parciales. Especialistas en estadística electoral, opuestos a nosotros, cuentan ya con la posibilidad de que en las próximas elecciones conquistemos 125 mandatos.

Hasta entonces ha de pasar todavía un año y medio, y el pueblo olvida rápidamente. ¿No deberíamos temer que en el ínterin su encono desaparezca? ¿Que el gobierno por medio de una hábil maniobra encuentre una consigna electoral que sea popular, reconstituyendo su prestigio y eliminando de su imagen todo el odio, el desprecio que en el último tiempo se ha acumulado tan abundantemente sobre ella? Es

bien sabido que el entusiasmo no constituye un producto que se pueda conservar en salmuera; si queremos sacar un beneficio del mismo, ello debe hacerse inmediatamente. Y dado que hoy no se nos presenta el campo de lucha de las elecciones para el Reichstag debemos crear otro escenario y este no puede ser otra cosa que el de las huelgas de masas.

Así debe razonar más de uno, y esta argumentación tendría también cierto sentido si tuviéramos que esperar que las causas que producen la actual agitación de las masas no accionaran en el momento de las próximas elecciones para el Reichstag, Pero no existe ningún elemento que abone esta suposición.

El encarecimiento y la presión de los impuestos, pero también la brutalidad de los junkers, se basan en condiciones que no son tan fáciles de modificar; actuarán en 1911 con la misma intensidad que en 1910 y en todo caso de un modo aún más intenso pues la carrera armamentista continúa. Evidentemente el gobierno hará lo imposible por diferir hasta el período *posterior* a las próximas elecciones toda nueva exigencia (lo cual constituye para el gobierno una razón más para acelerarlas), pero no podrá hacer lo que quiere. En Inglaterra los conservadores llevan la delantera. Ya han obligado al gabinete liberal a reforzar los armamentos de la marina. Si, como es de esperar, llegan a tomar las riendas durante este año, la carrera armamentista continuará a una velocidad aún mayor.

Pero el encarecimiento no disminuirá. Quien quiera saber qué es lo que nos espera en este área hará bien en seguir las condiciones norteamericanas, que son decisivas para el mercado internacional de alimentos, y éstas nos permiten predecir que el aumento de los precios seguirá.

Se podrá objetar que la desocupación no ha sido una contribución menor al resentimiento de las masas y que la misma habrá disminuido considerablemente dentro de un año, al haberse superado la crisis. Esto es cierto en la medida en que el próximo promete ser un año de desarrollo económico *más favorable*; pero es dudoso que llegue a ser un año de desarrollo *brillante*. Y más aún que en el último período de prosperidad, las organizaciones empresarias se encargarán de llevarse la parte del león, y a los trabajadores sólo les tocará poco más que el aumento de precios, puesto que la prosperidad significa un aumento del precio de las mercaderías.

Por otro lado, no se puede suponer que en épocas de prosperidad los trabajadores estén tan satisfechos que no pueda surgir en ellos el resentimiento por la falta de derechos y los malos tratos. También se podría decir, en forma inversa, que en épocas de crisis los trabajadores serán miedosos e incapaces de luchar, especialmente en una huelga, y por lo tanto menos todavía en una huelga de masas política, pues cada uno de ellos estaría bien contento con encontrar o mantener su trabajo.

Cada una de estas ideas, tomadas en forma absoluta, es tan falsa como su opuesta. Cada una de ellas tiene fundamentos suficientes como para que toda acción del proletariado encuentre obstáculos que la limiten tanto en épocas de crisis como en épocas de prosperidad. Las primeras, deprimiendo su capacidad de luchar, las segundas, llevando su impulso revolucionario a niveles menores que en otras circunstancias. Para la elección de sus medios de lucha, un político proletario evidentemente tendrá que tener en cuenta estos elementos. En la época de crisis, las grandes demostraciones callejeras serán más fáciles de realizar que las huelgas masivas. En épocas de prosperidad, el trabajador podría entusiasmarse más fácilmente por una huelga de masas que durante la crisis.

Pero nosotros no tenemos que contar solamente con prosperidad y crisis, sino también con los cambios entre prosperidad y crisis, y tales períodos de pasaje parecen ser aquellos en los que el trabajador tiene el mayor deseo de actuar. Esto parece darse en

los primeros períodos de prosperidad, cuando aun están vivos los recuerdos de las privaciones, la torturante inseguridad, la degradación de las crisis; pero también están presentes la sensación de fuerza y las ansias de luchar que nacen de la prosperidad.

Es así como el estado de ánimo revolucionario del proletariado alemán a fines de los años ochenta, que trajo consigo el derrumbe de las leyes contra los socialistas y el auge brillante de las elecciones para el Reichstag de 1890, estaba también condicionado por la prosperidad que comenzó en 1888 después de una prolongada crisis.

Quien se acuerde de esa época encontrará más de una semejanza con la situación actual: también entonces había un régimen que se acercaba a su fin, que encontraba una resistencia cada vez mayor por parte de las clases trabajadoras, que despertaba cada vez menos entusiasmo y confianza en la burguesía, que tenía que luchar con dificultades crecientes en las relaciones internacionales y al que ya nada le salía bien, ni en lo interior ni en lo exterior, hasta que la derrota en las elecciones de 1890 lo llevó al colapso.

Pero en los decenios que han pasado desde entonces el mundo no se ha detenido, hoy la situación es mucho más amenazadora para las clases dominantes y está mucho más llena de esperanzas para nosotros.

El hombre de estado que dirigía Prusia en aquella época todavía era un genio, sostenido por el brillante prestigio de tres guerras exitosas, en las que había derrotado a sus oponentes y cumplido el deseo de unificación del pueblo alemán en una forma que satisfacía por lo menos a la burguesía alemana, elevando el imperio alemán al rango de primera potencia de Europa. Hoy, el canciller del imperio carece de toda consideración de amigos y enemigos, está preso del partido más estúpido y reaccionario de Alemania, es el hazmerreír de todo el mundo.

En aquella época, de las dificultades internacionales algunas eran insignificantes (con España, con Suiza), pero también había otras que parecían amenazar a la nación misma: el enfrentamiento con Francia y Rusia; frente a estos países el gobierno podía contar con el apoyo de toda la nación si la situación lo exigía. En el presente, el peligro de una guerra con Inglaterra no compromete a la nación como tal puesto que no se pelearía por cuestiones vitales para la nación sino por problemas del dominio colonial, vitales solamente para algunas camarillas de explotadores. De todos modos, como una guerra de este tipo produce víctimas (y cuesta sacrificios terribles), la masa del pueblo se alejará fácilmente del gobierno que lleva la guerra adelante y frente a la falta de éxitos se volverá contra el mismo. Y aun cuando no se llegue a la guerra, sus preparativos producen cualquier cosa menos entusiasmo; por el contrario, encuentran crecientes resistencias. Salvo la socialdemocracia, en los años ochenta nadie hubiera exigido el desarme frente a Francia y Rusia. Hoy los deseos de desarme frente a Inglaterra sobrepasan ampliamente los círculos de nuestro partido.

Pero incluso este último ¡cuánto ha crecido en el ínterin! De 1887 a 1907 ha cuadruplicado el número de votos. Si en las próximas elecciones logra pegar otro salto como en 1890 (y la situación es muy promisorio), o sea duplicar su cantidad de sufragios, *podría llegar a alcanzar la mayoría absoluta de los votos emitidos*. Es obvio que no tenemos una imaginación tan alocada como para contar con un salto de esta envergadura. Pero todo el mundo concuerda en que daremos un gran salto adelante que hará de la cuestión de obtener la mayoría absoluta de los votos emitidos un problema de pocos años.

Si esto resulta así en la próxima elección para el Reichstag, ello significa algo más que un triunfo electoral común. En las condiciones actuales, dado la extraordinaria agitación de las masas populares y la tensa situación interna, un triunfo de ese tipo no representa nada menos que una catástrofe de todo el sistema gubernamental imperante.

No me cabe ninguna duda que las próximas elecciones conmocionarán este sistema en sus fundamentos.

Las elecciones inculcarán por la fuerza la dialéctica a los elementos dominantes, hasta que comprendan que no pueden seguir gobernando como hasta ahora. Se tendrán que decidir a poner en acción métodos occidentales para defenderse de la creciente marea socialista, a tratar de ganar grandes capas del pueblo trabajador por medio de concesiones. En vista del alto grado de resentimiento y la inmensa agudización de las contradicciones, tales concesiones deberán ser muy importantes, si es que se quiere que ejerzan mi efecto apaciguador: sólo el otorgamiento del derecho de sufragio en Prusia para las elecciones del Reichstag podrá suavizar el resentimiento del pueblo.

Otra posibilidad más probable, es la de que nuestro triunfo provoque el efecto opuesto de estimular a las clases dominantes a destruir con brutales golpes de violencia el movimiento que no puede vencer dentro de la legalidad vigente.

Finalmente, queda una tercera posibilidad, y ésta es realmente la más probable de las tres; que el régimen dominante pierda la cabeza, oscile indeciso entre brutalidades y concesiones sin proseguir consecuentemente ninguna de las dos direcciones, de modo que sus brutalidades produzcan el resentimiento y sus concesiones una imagen de debilidad, alimentando ambas la llama que pretenden asfixiar.

Sea como fuere que se estructuren las condiciones, las elecciones del Reichstag van a crear una situación generadora de una base nueva y más amplia para nuestras luchas; una situación que, si se produce alguna de las dos últimas alternativas, por su lógica interna se agudizará constantemente hasta llegar a grandes batallas decisivas, pero que debido a la mayor amplitud de nuestra base estaremos en condiciones de enfrentar de un modo totalmente distinto al actual.

La clave para esta imponente situación histórica, que estaría dada por un triunfo aplastante en las próximas elecciones para el Reichstag, ya la tenemos ahora en nuestro bolsillo ante la constelación de hechos que se están produciendo; sólo hay algo que podría hacer que perdamos y que desbaratemos esta brillante situación: *una torpeza de nuestra parte*. El dejarnos confundir por la impaciencia de recoger los frutos antes que hayan madurado podría jugar este papel al querer provocar demasiado temprano una prueba de fuerza en un terreno en el que de ningún modo está asegurado nuestro triunfo.

Es totalmente cierto que en toda lucha hay que arriesgar muchas cosas. El general que sólo quisiera dar el combate cuando su derrota está descartada de antemano, seguramente, casi nunca festejará grandes triunfos.

Pero si por lo favorable de las condiciones y su hábil utilización se ha llegado a entrever la certeza de un triunfo de envergadura, si este triunfo no puede ser puesto en peligro por nada, salvo el pasaje a una estrategia distinta que provoque un combate en un terreno impredecible e inseguro, entonces es de gran insensatez desencadenar una lucha de este tipo antes del momento del triunfo asegurado, poniendo con ello en peligro a este último. Ningún jefe de ejército trasladará la batalla a otro campo de combate de aquél en el que está seguro de su triunfo y al que su adversario debe presentarse; a un campo distinto en el que el resultado es dudoso.

El articulista de la *Bremer Bürgerzeitung* ya mencionado pregunta a Mehring “si una derrota semejante (de la huelga de masas) no *aumentaría* las probabilidades de nuestra lucha electoral venidera”. Pero yo no creo que una concepción tan sorprendente pueda encontrar muchos adeptos.

Es correcto que toda lucha despierta tanta irritación y resentimiento que por ello puede ayudar a nuestra agitación aunque aquélla termine en una derrota. Pero eso sucede *a pesar de* y *no por* la derrota, y únicamente si la derrota material es un triunfo



moral, si la lucha ha sido llevada tan brillantemente por nosotros que incluso obligamos a nuestro adversario a respetarnos, aunque la derrota haya sido inevitable.

Es así que de las luchas sindicales de este año también esperamos un aumento del resentimiento y un fortalecimiento de la lucha por el derecho del voto, aun en el caso que en lo material no sean tan exitosas como lo deseamos: también esta es una de las razones por la que el actual período de agitación no se nos presenta tan de corta duración como lo visualiza la camarada Luxemburg y sus amigos. Pero este fortalecimiento de la lucha por el derecho de sufragio y la lucha electoral, debido a los combates precedentes también se transformaría en su opuesto si sufriéramos derrotas de las que *nosotros fuésemos responsables*, derrotas producidas por haber embarcado innecesariamente al proletariado en luchas importantes de resultados muy dudosos, sin preocuparnos si está en condiciones de llevarlas a cabo o no.

Pero la derrota más grave sería (y también esta posibilidad debe ser tenida en cuenta) que llamásemos al proletariado a la huelga de masas política y éste no siguiera nuestra consigna en forma avasalladora.

Asfixiaríamos todos los gérmenes tan prometedores que encierra la próxima elección para el Reichstag si antes de la misma provocásemos sin necesidad luchas que nos produjeran derrotas graves. El gobierno y sus partidos no podrían desear nada mejor. Provocaríamos justo aquello que necesita para salir de su aprieto.

Nosotros no tenemos que intensificar nuestra agitación actual en dirección a la huelga de masas, sino que debemos hacerla ya con vistas a la próxima elección para el Reichstag.

Ya una vez ante la injusticia del derecho electoral para las elecciones para la dieta estadual nuestros camaradas buscaron la revancha en las elecciones para el Reichstag, y el resultado fue brillante: ocurrió en Sajonia en 1903, donde nuestro partido conquistó en ese entonces 22 de los 23 mandatos del estado. Ahora se trata de tomarse la misma revancha con un efecto moral para Prusia probablemente mayor.

Mantengamos el movimiento en su cauce, no nos debilitemos en demostraciones, aprovechemos cada oportunidad para socavar la autoridad de la clase dominante, para demostrar su carácter, dañino y de enemigo del pueblo, pero también mostremos a las masas que en la lucha por el sufragio se juega algo más que algunas modificaciones de la ley electoral; que se trata del derrocamiento del régimen de los junkers, de la derrota de todos los elementos que extraen sus ganancias de los precios elevados y de los nuevos impuestos; que una lucha de estas características es larga y dura, que no debe terminar con la promulgación del proyecto sobre el derecho del voto; que según lo previsto las próximas elecciones para el Reichstag son la ocasión más inmediata para dar un golpe contundente a los peores enemigos del pueblo, y que se trata de reunir y aplicar todas las fuerzas a ello.

Sigamos adelante en la estrategia de desgaste empleada hasta ahora, mantengamos nuestras manos libres en la elección de nuestros medios de lucha y cuidémonos de una agitación cuya lógica interna sería la de colocarnos en un dilema que nos obligue a poner en juego en un lugar y en un momento inadecuado nuestros medios de lucha últimos y más agudos, y tener así que derrocharlos.

Justamente porque estamos convencidos que nos aproximamos a luchas importantes y difíciles, que estamos cerca del punto en el que la estrategia de desgaste, tiene que transformarse en la estrategia del asalto directo, justamente por ello es más necesario que nunca no dejarnos llevar por la impaciencia a acciones prematuras malgastando nuestros últimos cartuchos en escaramuzas iniciales.

Una agitación que tenga como meta despertar en las masas trabajadoras la expectativa de que pueden contar en las próximas semanas con que tomemos crecientes

medidas de fuerza y que trataremos de quebrar la resistencia del gobierno por medio de las huelgas de y masas. Una agitación que lleve a colocarnos en una encrucijada incontrolada por nosotros y a la que estamos sometidos, que esté orientada a conducirnos ante la alternativa de tener que golpear a cualquier costo, cuáles quiera sean las condiciones so pena de convertirnos en el hazmerreír de todo el mundo: nunca como hoy sería tan peligrosa una agitación de este tipo, precisamente cuando sin ella nos encaminamos hacia un triunfo seguro, que promete abrirnos el camino hacia la gran batalla final.

Si la camarada Luxemburg quiere desencadenar con sus sugerencias una agitación de este tipo, entonces no podríamos seguirla.

Otra cosa sería si solamente pretendiera poner al alcance de las masas la reflexión sobre la *idea* de la huelga de masas para que se familiaricen con ella. Habría elegido para ello una forma muy poco afortunada, una forma confusa, lo cual sin embargo no debe impedirnos estar de acuerdo con ella en esa intención.

Desde la existencia del Imperio Alemán las contradicciones sociales, políticas, internacionales, nunca estuvieron tan tensas como y ahora, justamente porque las próximas elecciones para el Reichstag hacen inevitable una grave derrota para el sistema dominante, tenemos que contar con la posibilidad de que sus hombres más arrebatados desencadenen antes grandes luchas en las que esperen obtener mejores resultados. Para esto tienen muchos más motivos que nosotros. Por nuestro lado no tenemos ninguna razón para provocar tales combates. Pero esto no significa que tengamos que aceptar tranquilamente todo lo que nuestros adversarios se permitan y que debemos enfrentarlos indefensos. Nada más fácil que pensar en sorpresas, que aún antes de las próximas elecciones para el Reichstag conduzcan a grandes descargas y catástrofes en las que el proletariado se vea impelido a la utilización de todas sus fuerzas y medios de lucha. Una huelga de masas en esas condiciones bien podría estar en condiciones de barrer con el régimen existente.

Tan equivocado como me resulta desplegar una agitación que nos coloque ante la disyuntiva de una huelga de masas en cualquier circunstancia o de una bancarrota moral, tan necesario como me resulta mantener seca nuestra pólvora para la próxima gran batalla y tan verosímil como me parece que ésta ha de librarse en las próximas elecciones para el Reichstag, igualmente equivocado me parecería no contar con la posibilidad de sorpresas, y peor aún, plantear que la huelga de masas carece de toda perspectiva en casos de este tipo.

En la situación actual tenemos todos los triunfos en la mano, si somos capaces de combinar audacia, tenacidad perseverante y serena inteligencia.

---

**Alejandría Proletaria**

[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

Valencia, julio de 2018



[Consulta nuestro catálogo](#)

Edicions internacionals Sedov



[Y el de nuestro sello hermano](#)